

FAX. 263.16.20

EL OBSERVADOR

DOMINICAL

5838

A la atención de Mihály IES

ALÍ BEY, REALIDAD Y LEYENDA

José Agustín Goytisolo

En la vida aventurera de este catalán, conocido por el sobrenombre, o nuevo nombre, que él mismo se dió, es muy difícil separar lo que realmente hizo, vió y viajó, de las muchas fantasías que montó en sus relatos y de las muchas más que le atribuyeron.

Este hombre se llamó realmente Domingo Badía Leblich, y nació en Barcelona en 1976. Su sobrino y biógrafo nos cuenta que, siendo muy niño aún, se trasladó con sus padres a Vera, una población de la provincia de Almería. Allí comenzó a ir a la escuela: era un alumno dotado, brillante y trabajador, al que le gustaba estudiar idiomas, geografía e historia. Esas preferencias iban a marcar lo que luego fue su vida.

Aquí entran las leyendas, afirmando que el muchacho aprendió, él solo, a leer, hablar y escribir el árabe. Lo que sí es cierto es su facilidad en dominar diversos idiomas. Tuvo, eso es seguro, alguien que le inició en el alfabeto árabe, en su sonido y en su escritura finalmente, y él aprendió entonces a expresarse en éste idioma.

Su fama como arabista se extendió y llegó a la Corte. Sabedor Domingo Badía de ello, pidió audiencia al mismísimo Godoy -eso es completamente cierto- y le presentó un plan para recorrer África del norte, fingiendo ser un príncipe abasí llamado Alí Bey.

El viaje no era tan descabellado, pues sus móviles eran sobre todo políticos y económicos: se trataba de que España hiciese de moderadora en el mediterráneo, entre una Europa materialista y desarrollada y un Magreb feudal y atrasadísimo, a la vez que, desde Egipto o Arabia, encontraba un paso de ida y

para comerciar con las Islas Filipinas y las Islas Marianas.

Total, que Godoy creyó en sus planes y dotó a Domingo Badía de abundante dinero y también objetos con los que pudiese obsequiar a las autoridades con las que pudiera encontrarse. Eso del dinero y los regalos parece inventado, pero existe la relación o inventario de lo que se le dió a Badía.

Con pasaporte inglés -falso, naturalmente- a nombre de Alí Bey, embarcó en Londres y llegó a Tánger. Casi sin detenerse, salió hacia Fez, via Mequinez. Pidió audiencia al Sultán, audiencia que, en vista de los obsequios que acompañaron su petición, le fue concedida. Se ganó la simpatía del Sultán, y recorrió luego las principales ciudades de Marruecos, y se dirigió al Este, pasando por Mequinez, y metiéndose en el desierto del sahara. Hizo planos, tomó apuntes, midió rutas y distancias: todo cierto, pues se publicó más tarde.

Se despide del Sultán, que le llena de regalos -aquí sí que entra la exageración o la leyenda- y sale hacia Larache. Desde allí se desplaza hasta Trípoli, un viaje larguísimo, pero recibe una recompensa a sus esfuerzos: el Bajá turco le recibe y acoge, y le facilita la continuación de su viaje.

De Trípoli navega hasta Chipre, y desde allí llega a Alejandría, a los tres años de comenzado su viaje, es decir, en 1806. No se sabe como, y ahí puede volar la fantasía, se hace amigo del Rey y del Bajá, viaja por todo el país, remontando el Nilo, y se maravilla y toma apuntes de las joyas arqueológicas que va viendo.

Pero nuestro Alí Bey quiere proseguir: su destino es Arabia, es La Meca. Para ser el primer infiel, o sea no mahometano, pasa por todas las pruebas, pues quiere ver la Kaaba: se afeita todo el cuerpo y la cabeza realiza las abluciones del ritual, y besa al dar cada una de las siete vueltas alrededor de la piedra negra; podrá contar luego que es el primer no creyente que lo consigue.

Desde Arabia viaja por Jordania, a visitar la tumba de Abraham. Sale luego hacia Constantinopla, vuelve a El Cairo y, reventando camellos -eso no es leyenda, montaba muy bien-

llega a Jerusalén. Unos días de descanso, y a Nazaret y Damasco. Los dibujos de este viaje son espléndidos.

En San Juan de Arce, los frailes franciscanos que tienen la custodia de los Santos Lugares, le dan cobijo y ayuda. El se dedica durante ese descanso a pasar en limpio una ingente cantidad de material, escrito y dibujado: apuntes, notas, cartas, planos y mapas, observaciones astronómicas, pozos y oasis emplazados en los desiertos del Sáhara, Libia, Egipto, Arabia y Siria. Es un material valiosísimo, que guarda celosamente para entregárselo a Godoy, cuando regrese a España.

En España se encuentra con la invasión francesa, con la Corte española retenida en Francia y con Godoy caído en desgracia. Domingo Badía se entrevista con Carlos IV en Bayona, quien le comunica que ha entregado la Corona a José I, hermano de Napoleón Bonaparte, y que lo mejor que él puede hacer es entregar ese material al Bonaparte Rey de España y ponerse a su servicio.

José I, amén de nombrar a Badía Brigadier de los Reales Ejércitos, le da el cargo de Gobernador de Córdoba, cargo que ni siquiera pudo ocupar un día, pues las tropas españolas e inglesas había liberado Andalucía. Badía, acusado después en España de traidor y afrancesado, se instaló en París, escribir sus memorias, sus "Viajes de Ali-Bey por Asia y África": tres tomos de texto y un cuarto de mapas y planos. El éxito es rápido: del texto original en francés, salen muy pronto ediciones al inglés y al alemán. La edición en castellano, por motivos políticos, tardó mucho en hacerse.

Luis XVIII, que sucedió a Bonaparte, le nombró Mariscal de Campo de Ejército Francés. Fue enviado a la India, con el nombre de Príncipe Ali Otman, y destinado a una misión secreta en la India. Pero murió en Damasco, de disentería, cuando estaba preparando este viaje.

Menos combatir, todo lo hizo mejor que el mítico Lawrence de Arabia. Vale la pena leer los viajes de Ali Bey.